Lindley M. Keasbey
Thomas Francis Moran

Los dilemas de la riqueza

aÍ **fundación editorial** *archivos del Índice*

Edición original:
Wealth and its ways (1915)
The ethics of wealth (1901)

Primera edición, 2015

e-mail: archivosdelindice@yahoo.com
http://www.archivosdelindice.com

Impresión: Artes Gráficas del Valle

ISBN xxx-xxx-xxx-x

Impreso en Colombia

Presentación

¿Es una predilección por asuntos del pasado –predilección que algunos juzgarán extravagante o, peor aún, inútil, dados los complejísimos problemas del presente– lo que anima a *archivos del Índice* a publicar dos textos que solo un lector paciente querría leer por completo? ¡Pero si es el presente, el de Colombia hoy, lo que nos insta a invitarle a leer "La Riqueza y sus Sendas" (1915) y "Ética de la Riqueza" (1901)!

Porque si la época de la prédica moral ya pasó (a Dios gracias), pareciera que también se hubiese eclipsado, quien sabe si a la par con ella, cualquier interrogante serio por el *deber ciudadano*: deber que en "Ética de la Riqueza" no se emparenta con el llamado habitual de nuestros gobernantes a respetar ciertas normas que harían de una ciudad o región lugares habitables, cuanto al intento de convencernos de que existen obligaciones frente a la sociedad y el Estado, para las que no hay norma o constricción legal, que deberían cumplir quienes gozan del poder que otorga la riqueza. Sí: obligaciones relativas al modo como se gasta la riqueza. Con una aproximación que no deja de ser deudora de su tiempo, e interrogando a los Estados Unidos que no obstante muestran ya a principios del siglo XX destacables prácticas altruistas, Thomas Francis Moran nos hace pensar en "Ética de la Riqueza" en cuánto pareciera importarles hoy a nuestros ricos la obligación de devolver.

Pero ¿a qué nos referimos cuando hablamos de riqueza? Cuando Lindley M. Keasbey en "La Riqueza y sus Sendas" trata de mostrar los diferentes significados que ha adquirido el término riqueza, no parece estar

apremiado por la búsqueda de alguna definición satisfactoria o de consenso, sino por discutir cómo esas ideas se encarnan y chocan en la arena social dando pie a conflictos para él casi irresolubles bajo el *sistema de intercambio capitalista*. Y al hacer el repaso de la situación de las distintas clases de su tiempo, en las que nadie sale bien parado, mucho menos la de los "capitalistas" cuando se los confronta con una muy antigua acepción de riqueza, él con esfuerzo parece dejar apenas abierta una ranura a través de la cual, quizás, aunque improbablemente, pueda imaginarse una mejor sociedad por venir.

Y si el tono del ensayo de Moran citado arriba es el de la admonición del "así debiera obrarse", en el poco optimista Keasbey se confunden la ironía y la indignación. Hay salidas, no hay salidas: ¿usted qué piensa?

archivos del Índice
Junio de 2015

LA RIQUEZA Y SUS SENDAS[1]

Lindley M. Keasbey

I

Riqueza es una palabra con varios significados, el primero de los cuales puede verse en la Epístola de San Pablo a los Corintios: "Ninguno busque su propia riqueza sino la del otro" –un mandato seguido hasta la última cifra por hermanos financistas de la más elevada fe–. Por eso los revisionistas, con *naïveté* académica, han alterado la versión original –no sea que los que están solo habituados a los conceptos capitalistas confundan la intención de San Pablo– para que se lea: "Ninguno busque su propio bien sino el del otro"[2]. La Iglesia de Inglaterra es más conservadora. No cabe duda de que sus comulgantes recortaron la guía civil; sin embargo, para su rey todavía invocan: "Permítasele una larga vida en la salud y la riqueza". Y nosotros –con nuestros propios plutócratas y proletarios, nuestros billonarios y pordioseros– ¡llamamos a nuestro país la Commonwealth [*mancomunidad*] Americana![3]

¿Qué es la riqueza? "Todas las cosas útiles o agradables, excepto aquellas que pueden obtenerse, en la

---

[1] ["Wealth and its ways" apareció por primera vez en la *American Journal of Sociology*, vol. 21, no. 2, 1915, pp. 185-201.]

[2] [Por ejemplo, es ésta precisamente la versión bíblica castellana de Reina Valera, 1960, en 1 Corintios 10:24. N.T.]

[3] [El autor se referiría aquí al significado literal de la expresión *commonwealth*: riqueza en común. N.T.]

cantidad deseada, sin trabajo o sacrificio", dice John Stuart Mill[4]. Pareciera un concepto completamente irreconciliable con el de San Pablo, a menos que se identifiquen fines y medios. Riqueza, en el sentido paulino –significando bien, prosperidad, bienestar– constituye el fin en este caso. Entre los medios están además "todas las cosas útiles o agradables" –riqueza en el sentido de Mill: posesiones materiales–. Por alguna razón –suficiente, supongo– el concepto parece haber abandonado su fin ideal y haberse adherido a estos medios materiales –agreguemos que con menosprecio hacia la moral social y además con perjuicio para el sentido común.

Con todo, si ustedes le preguntasen a un comerciante moderno "¿cuál es su riqueza?", él respondería en dólares y centavos. ¡Un tercer significado, en verdad! Y tan irreconciliable como el segundo –con la moral social, en todo caso–; en lo que respecta al sentido común, la conciencia de clase parece haber tomado su lugar, por lo que es difícil afirmarlo. Pero esto rebasa nuestro asunto. En todo caso, la etimología no es de mayor utilidad. Para reducir esta trinidad de significados –bienestar, posesiones materiales y dinero– en algo parecido a un concepto consistente, voy a tener que recurrir a la dialéctica de la economía política.

---

[4] [Esta definición se encuentra en las "Notas preliminares" del Libro Primero de *The Principles of Political Economy With Some of Their Applications to Social Philosophy* [Principios de economía política con algunas de sus aplicaciones a la filosofía social], publicada originalmente en 1848. John Stuart Mill (1806-1873) fue un filósofo, político y economista inglés de la escuela utilitarista que hacía énfasis en la felicidad como el fin más importante del hombre. N.T.]

Según la exégesis de esta doctrina, el bienestar resulta de la satisfacción de las necesidades, y las necesidades son satisfechas gracias a la adquisición de esa elusiva cualidad llamada utilidad. De modo que, para empezar de nuevo con el primer significado, riqueza significa una suma de bienestar, el bienestar resulta de la satisfacción de las necesidades, las necesidades son satisfechas a través de la adquisición de la utilidad –en consecuencia, la riqueza, en este sentido original, connota un *quantum de utilidad.* Quanta de este estilo son comparables, por supuesto, pero son numéricamente inconmensurables. Cuando ustedes le dicen adiós a su invitado pueden comentar: "Hemos pasado un tiempo *tan* agradable", o "un *muy buen* rato", pero no pueden afirmar: "hemos pasado un rato siete, once o cuarenta y cuatro". Al no existir unidades de utilidad comúnmente aceptadas, los epítetos son el único recurso en estos casos.

No obstante la utilidad se adhiere a los bienes –sí, y a los servicios algunas veces–. Por lo que es fácil ver cómo una colección de bienes –por no decir nada de una serie de servicios– viene a representar, de un modo tosco, un quantum de utilidad correspondiente. Consideren, por ejemplo, el equipo indígena compuesto de arcos y flechas, mantas, hachas de guerra, tiendas y canoas –o la pequeña colección del chiquillo de canicas, camisetas, navajas, vitolas, sellos, y todo ello como en una tienda miscelánea–. Inventarios de este estilo simbolizan el bienestar y sirven para distinguir a los acomodados. De donde el segundo significado de la palabra riqueza: "todas las cosas útiles o agradables –excepto aquellas que pueden obtenerse, en la cantidad deseada, sin trabajo o sacrificio".

Pero, ¿por qué estas excepciones? Sin duda la satisfacción deriva de los frutos adquiridos sin trabajo o sacrificio –de la luz solar, por ejemplo–. Sí, pero a su

posesión no se le fija *importancia* alguna. Porque prevalece la abundancia, "nunca extrañas el agua hasta que se seca el pozo". En cuanto adviene la escasez, aparece la importancia, que se abrillanta con la medida de la escasez. De donde el tercer significado de la palabra riqueza: una suma de valores que, de nuevo, solo la economía puede explicar.

Como los quanta de utilidad, las sumas de importancia son comparables y además conmensurables –numéricamente desde el principio y aun, en cierta medida, en los productos. Sin embargo, no en los productos ordinarios; solo en tales productos extraordinarios que, según el filósofo Locke, son "a la vez duraderos y escasos y tan valiosos como para que se los atesore". La utilidad de los productos ordinarios –aquellos que son perecederos y con todo reproducibles libremente– declina con la acumulación. Aristóteles citó como ejemplo los "zapatos" –aunque se dice que la Emperatriz Elizabeth de Rusia poseía cinco mil pares–. Aparte de la utilidad de los productos extraordinarios, o perdurables y escasos, entre más tiene un hombre parece que más desea poseer. ¿Por qué? Porque cuanto mayor sea su provisión, mayor será su posición social y, en consecuencia, los aduladores que se doblegarán ante él. Por citar unos pocos ejemplos: entre nuestros Indios Americanos, las cabelleras y las conchas; entre los Griegos Homéricos, los bueyes y las esclavas; durante los tiempos feudales, los vasallos, las tributaciones y las heredades; en el Oriente, el Oriente amante del lujo, los tesoros de diversa índole, el incienso y la mirra, el alabastro y el marfil y, en especial, las piedras y los metales preciosos. Éstos, y otros productos perdurables y escasos, le dispensan a su poseedor no solo una satisfacción sensorial sino además prestigio social. En obediencia a la ley general de la disminución en la escala

de utilidad, la satisfacción sensorial parece menguar con el incremento de las reservas, mientras que el prestigio social parece expandirse. Pruébenlo por un momento en la imaginación y consideren, por ejemplo: conchas, "relucientes piezas de plata", o aun esclavas. De seguro el resultado es: todos, salvo los hombres libres y los filósofos, le dan importancia a la posesión de estos productos duraderos y escasos, no tanto por la satisfacción sensorial que brindan, cuanto por sus cualidades de ser portadores de prestigio –cualidades socialmente insufribles, pero de hecho así es–. De nuevo entonces –dadas las idiosincrasias individuales, el regionalismo y el espíritu de los tiempos–, la satisfacción sensorial parece ser una circunstancia incierta, incluso en muchos casos evanescente, de todo tipo de productos. ¿Es la apreciación estética precisamente la misma para dos personas en dos territorios y dos épocas distintas? Por el contrario, el prestigio inherente a la posesión parece ser una circunstancia segura y persistente, que se aferra con tenacidad a sus productos especiales, y que los acompaña en sus travesías de persona a persona, de lugar a lugar, o de época a época. Para ejemplos modernos, considérese el "Ángelus" de Millet o el Florero Peachblow[5]. Por extraño que parezca, ¡y no para que lo pueda explicar la estética!, el resultado es: todos, salvo los hombres libres y los filósofos, conceden la misma y casi constante importancia a la posesión de estos productos extraordinarios, estando seguros, a la luz de la experiencia social, de que dicha posesión les concederá el prestigio

---

[5] [*El Ángelus,* pintura al óleo de Jean-François Millet (1814-1875); aunque la biografía de esta obra revela episodios un tanto tormentosos –fue objeto de pasiones nacionalistas y de furias destructivas– hoy descansa, célebre, en el Museo d´Orsey, Francia. *Florero Peachblow*: porcelana china del siglo dieciocho, reputado como el más fino de su clase. N.T.]

que corresponde. Entonces, a mi entender, no se debe tanto a la satisfacción sensorial que brindan como a sus peculiares cualidades de portar prestigio que ciertos productos durables y escasos preservan su valor incluso bajo la acumulación, variando ligeramente su valor de persona a persona, de lugar a lugar, o de época a época. Siendo este el caso, es de sobras natural que los productos que han adquirido estas cualidades se escojan para que sirvan como medidas de importancia comúnmente aceptadas –los llamados "estándares de valor"–. Se sabe que el indígena estaba acostumbrado a contar su riqueza en *wampum*[6], el patriarca hebreo en ganado, el señor feudal en tierra, el asiático en monedas de plata, etcétera. Lo que estos orgullosos propietarios estaban realmente calculando así no era, en primer lugar, los quanta de utilidad, ni siquiera las colecciones de bienes, sino las *cantidades de importancia*, de importancia social, las cantidades de *valor de prestigio*, diría yo.

Los estándares establecidos tienden a perdurar, especialmente cuando existen intereses creados subordinados. Como en este caso. A medida que el mercantilismo –para la risueña satisfacción de misioneros y expansionistas– propagaba sus consecuencias capitalistas sobre la faz de esta justa tierra, todos y cada uno de los viejos estándares establecidos se empleaban para calcular el valor de cambio de bienes y servicios. Ellos ocupaban su lugar y a "la persona cabal" le parecían satisfactorios. Aunque quizás podría señalar, entre paréntesis, que no había realmente necesidad alguna de dicho estándar. Cualquier unidad ideal podría haber

---

[6] [*Wampum*: cuentas de conchas generalmente ensartadas en un cordel que algunos pueblos indígenas de Norteamérica usaron como moneda; estas cuentas se empleaban también como una forma de escritura y para registrar eventos notables. N.T.]

respondido igual de bien, ya que, como lo afirma toda autoridad, el valor de cambio de bienes y servicios constituye una *ratio*. Y hablar de un estándar con relación a una *ratio* es un anacronismo. Pero entonces estaban los intereses creados subordinados. En esto, en su capacidad ampliada de estándares de cambio, no había mucho para elegir entre los productos que portaban prestigio –para medir la relativa importancia de los bienes y servicios, el ganado y las esclavas sirven tan bien como la plata y el oro–. Pero en su capacidad derivada de medio de intercambio, había mucho para elegir. El ganado y las esclavas no pueden fraccionarse en calderilla; la tierra no puede llevarse por ahí de modo conveniente –tal vez sí los títulos correspondientes, los bonos, por ejemplo, a pesar del estallido de la Burbuja de Mississippi[7]. Por fortuna, los metales preciosos medían la importancia social tan bien como cualquier producto portador de prestigio, y eran además divisibles y portátiles. Por estas razones la gente civilizada escogió la plata y el oro, por ofrecer la doble utilidad de ser un estándar de valor y un medio de cambio. Al ocurrir esto una nueva cualidad se fijó a los metales monetarios: el poder del prestigio lo poseían antes; de aquí en adelante adquirieron por añadidura el

---

[7] [La *Mississippi Bubble* se produjo en Francia a inicios del siglo XVIII cuando el escocés John Law logró que el gobierno autorizara la creación de la Compañía de las Indias destinada a explotar las posesiones americanas de Francia. El gobierno usó las acciones de esta compañía para saldar las deudas contraídas durante la Guerra de Sucesión española; inicialmente muchos invirtieron sus recursos en esta aventura financiera comprando acciones y haciéndose ricos hasta que, en 1720, en medio de una inflación galopante, su valor se elevó muy por encima de los rendimientos reales producidos en la colonia y explotó. N.T.]

poder adquisitivo. Así que cuando su comerciante moderno contesta: "Mi riqueza asciende a tantos dólares y centavos", él supone dos cantidades: de modo subconsciente, la suma de sus valores de prestigio; de modo consciente, la suma de sus valores de cambio –indicándose así tanto su posición en el mundo como su habilidad para comprar, lo que viene a ser lo mismo en estos tiempos capitalistas.

II

La moral de todo esto es obvia, pero antes de proceder a su aplicación tengamos de nuevo la meta a la vista. El fin de las actividades humanas es la adquisición de riqueza –entendida en su sentido original, es decir un quantum de utilidad–. "Todos tenemos cuantiosas necesidades", decía Platón, y yo agregaría: las necesidades son los resortes de nuestra existencia, que se expanden en espirales, por decirlo así, desde nuestros centros concupiscentes. De este modo una serie asciende de lo orgánico, a través de lo sensorial, hacia lo espiritual; otra serie se extiende de la misma manera de lo individual, a través de lo familiar, hacia lo social. No voy a ir más lejos en la psicología de la situación; baste decir: todos buscamos satisfacer nuestras necesidades crecientes; con el resultado de que nuestras actividades se dirigen hacia el incremento de la utilidad –idealmente, en todo caso–; por qué no sucede así en realidad es lo que me propongo explicar. Por lo tanto, entre mayor sea el quantum de utilidad adquirida mayor será nuestra riqueza, en el sentido original de la palabra. Lo que, en forma menos concisa equivale a decir: entre más inclusiva sea la unidad y más extensa la variedad de las cualidades que satisfacen nuestras necesidades, más elevado será el grado de nuestra satisfacción orgánica,

sensorial y espiritual; y más amplio el plano de aquella individual, familiar y social. Puede verse así que, en última instancia, la búsqueda de la felicidad es sinónimo de producción de riqueza, con la adquisición de cualidades que satisfacen las necesidades, lo que es, como decía, el fin de todas las actividades humanas.

Con este fin a la vista, considérense ahora en primera instancia los medios: los bienes y servicios a los que se fija la utilidad. En vez de producirlos nosotros mismos, solos o en cooperación, para satisfacer nuestros caprichos individuales o sociales, en la actualidad los compramos en el mercado –bajo el sistema de intercambio existente no hay otra alternativa–. No escuchen a los economistas o a los entusiastas del mercantilismo. Cediendo a su productividad capitalista, este tan cacareado sistema de intercambio habría tomado un muy buen rumbo si a los productores de bienes y a los prestadores de servicios les atañera en primer lugar la satisfacción de los deseos de ustedes, si sobre todo estuviesen interesados en el bienestar de ustedes. De hecho, no lo están; como ustedes y como yo, y como todo el resto de nosotros, a ellos les concierne en primer lugar la satisfacción de sus propias necesidades, les interesa sobre todo su propio bienestar. Desde el suyo, el lado del mercado de los consumidores, ustedes consideran los bienes y servicios que se proponen comprar como posibles cualidades que dan satisfacción a sus necesidades; desde el de ellos, el lado del mercado de los productores, los bienes y servicios que se esperan vender son considerados como cantidades potenciales para hacer dinero. En breve, si es que no de modo preciso, ustedes buscan el placer; ellos persiguen el lucro. Por lo tanto, bajo el sistema de intercambio sucede que los mismos bienes y servicios sirven como medios para fines opuestos (una imposibilidad, frente a la que uno de los

fines debe inevitablemente abandonarse): como medios, por un lado, para la adquisición de riqueza en su primera significación, es decir, la felicidad o el bienestar de los propios consumidores; como medios, por otro lado, para la adquisición de riqueza en su tercer significado, esto es: el dinero que hacen los mismos productores. De donde se encontrará la primera antinomia del sistema de intercambio: aquella entre productores y consumidores de riqueza; la segunda, entre capitalistas y trabajadores es semejante a ella –pero de ésta, a propósito, solo me refiero de pasada.

En su búsqueda de la felicidad, pónganse ustedes en el lugar de un productor. Desde el principio su camino apunta a la ganancia. Para abordar este punto, como un buhonero en su camino, ustedes estarán obligados a vender sus bienes y servicios, lo que, hasta donde puedo ver, en estos días equivale casi a que se vendan ustedes mismos. Siendo su propósito inmediato el hacer tanto dinero como sea posible, se esforzarán tanto como puedan por vender sus bienes y servicios por encima del costo –según el grato principio legal ¡*caveat emptor*!–[8]. A fin de asegurarse un buen comienzo y conquistar un camino despejado, insistirán en, y clamarán por, la libre competencia. Pero en su deseo de seguir adelante irán derecho al monopolio, o recurrirán a dudosas argucias, por ser éste el atajo hacia las ganancias.

Supongan que yo les monto un negocio, con bienes para vender. Es muy probable que fracasen, en cuyo caso los incluiré en la nómina de asalariados –de su exitoso competidor, quizás–. Pero tal vez ustedes triunfen –¿quién sabe?–. Se trata sobre todo de una cuestión de suerte –y el mundo elogiará su "habilidad para los negocios"–. Dedicándose con éxito, pronto estarán más embebidos.

[8] [Comprador, tenga cuidado; guárdese comprador. N.T.]

¿En su negocio? Lo dudo mucho; más probablemente en "el juego" –el juego de hacer dinero y acumular–. ¿Con qué fin?, diría yo. El margen de las ganancias legítimas pasó hace mucho. Pero el prestigio se halla ante ustedes –¡el prestigio de la propiedad y el poder que brinda!–. En cuanto a la prosecución de la felicidad, su ideal juvenil, les puedo citar la fábula de Midas, "cuya plegaria insaciable convertía todo lo que se le ponía delante en oro", y destacar su moraleja: "Los hombres deberían ir tras una mejor noción de riqueza que la de la mera adquisición de monedas".

O suponga que los incluyo –como prometí que lo haría en caso de que no tuvieran éxito– entre la vasta mayoría, entre aquellos que trabajan para vivir y que no disponen más que de los servicios que prestan. Descubrirán que para ellos el mercado está abarrotado, y el monopolio es casi imposible de intentar, aunque todavía quedan las triquiñuelas del atajo como primer, o último, recurso. Por esta u otra vía algunos pocos lo han logrado: abogados corporativos de éxito, médicos eminentes, varios artistas de la nueva escuela, un escritor de novelas aquí, un dramaturgo allá, ciertos actores reputados y cantantes de renombre, unos pocos virtuosos del violín, pianistas (de la variedad de carne y hueso, siendo ellos siempre tan automáticos), por no decir nada de las celebridades del vaudeville, las estrellas de las salas de concierto, los boxeadores, y así sucesivamente. Parece ser una larga lista, y aún dista mucho de ser inclusiva; no obstante, después de todos los esfuerzos de los publicistas y las maquinaciones de los agentes, los monopolistas personales son excepcionales. Para la mayoría de nosotros –los estoy incluyendo en esta lista más larga– organizarse es la única alternativa. Pero incluso bajo la más efectiva organización se requiere una presión prodigiosa para alzar los sueldos,

los salarios o el precio del trabajo a destajo por encima de la miseria asignada en virtud de los estándares bien establecidos; ¡hay tantos "esquiroles" y "rompehuelgas"! Lo siento por ustedes –puedo incluso condolerme, si eso les ofrece alguna compensación, dado que yo mismo soy uno más de la mayoría. Si ustedes son solo obreros y no disponen más que de los servicios que prestan, es probable que se queden atrás –en la estancada– si es que van tras la ganancia en la carrera hacia el prestigio de la posesión. Pero ante ustedes está el prestigio de la proeza, con la fama y la corona de laureles en la meta. Y la felicidad, afirman algunos; otros, que eso es una alucinación. No estoy en posición de afirmar nada, solo les aconsejaría que se agarren a su empleo; no abandonen su organización, en todo caso, por algún elusivo fuego fatuo.

Y como desenlace de todo esto, ¿qué sucede con los propios bienes y servicios que se ofrecen para la venta en nuestro sistema de intercambio? Como para atrapar incautos, más que para satisfacer las necesidades del escaldado –pero esta es una mera frase y una frase forzada además–. Déjenme ponerlos de nuevo en su justo lugar entre los afortunados o exitosos, para que ustedes mismos vean. Teniendo la habilidad para comprar –y asumo que también la capacidad para disfrutar–, ustedes deberían ser capaces de satisfacer sus necesidades crecientes, de adquirir un completo quantum de utilidad, y alcanzar así un saludable bienestar. Seguro que debieran; solo les advierto (no es envidia de mi parte) que, en el camino, se encontrarán con el monopolio, serán tentados por el comercialismo y serán presa de la filantropía. En apariencia tal vez sobrevivan –esperemos que así sea–. En cualquier caso, y a lo largo de todo el proceso, vivirán y se moverán y tendrán su ser orgánico precisamente como el sistema existente prescribe –la gente rica no puede darse el

lujo de ser diferente–; es decir, comerán solo de aquellos alimentos, se proveerán solo de aquel cobijo, se cubrirán con solo aquella indumentaria que el monopolio o la moda, que es el agente de avanzada del monopolio, le dicen que debiera; y además pagarán el precio. Sin embargo, el alto costo de vida no los afectará seriamente –salvo como materia de conversación–. Con sus medios monetarios coincidirán con el monopolio –que es quizás, más o menos, su propia creación– y saldrán bien airosos, despojados tan solo de una parte de sus ingresos y una porción de su individualidad. Con lo que queda, una buena suma, se los aseguro, ascenderán por encima de sus necesidades orgánicas hacia una esfera más elevada de satisfacciones sensoriales. ¡Pónganse en guardia! Como Parsifal en el jardín, serán acosados por doquier por los seductores –no por unas ninfas en los contornos, sino por una multitud de artistas y artesanos comercializados que a codazos han forzado su camino hasta el interior del Palacio de las Delicias en la búsqueda de ganancias: arquitectos y decoradores de interiores que abogan por el "hermoso hogar"; paisajistas que ofrecen delinear el jardín al estilo "inglés antiguo", "hundido" o "renacimiento italiano" por tanto la yarda cuadrada; editores y críticos por estipendio publicitando sus "ediciones limitadas" y "edificios de arte": sus "novedades" y "*best-sellers*"; magnates del teatro y noctámbulos profesionales de primera anunciando "largos trayectos en Chicago y Nueva York"; empresarios de ópera divulgando novedades importadas –con "dramas wagnerianos" y "*revivals* clásicos" intercalados–; directores de orquesta y modernistas de la música aclamando la cacofonía y produciendo efectos "de programa"; marchantes de cuadros y críticos de arte de gacetas presentando "nuevas escuelas" de diseño esotérico –y así sucesivamente en una

serie interminable–. La estética comercial los rodea, no pueden escaparse; es mejor que acepten la situación y se consuelen con la siguiente reflexión: "América es todavía una nación joven" –¡como si la edad tuviera algo que ver con el arte!–. Un porcentaje importante de sus ganancias y con ello una mayor porción de su personalidad se han ido –no diré que se han despilfarrado–. Pero supongan que su balance es sobradamente grande como para permitirse ascender todavía más, por encima de la satisfacción estética, hacia un aire más puro de consuelo espiritual. Pónganse en guardia otra vez –los gallinazos y los buitres vuelan alto–: ustedes serán presa de la filantropía profesional. Los movimientos de reforma sostenidos por las asociaciones civiles, las sectas religiosas con sus reuniones de reavivamiento y sociedades misioneras, las instituciones de caridad y educacionales solicitando suscripciones y exigiendo donaciones, las idiosincrasias paliativas y las modas de todo tipo los cercan –incluso en este plano más alto de desarrollo–. No pueden oponer resistencia a sus impertinencias aunque estén custodiados por un secretario privado; pueden estar seguros de que ellos reducirán su acumulación (a menos que intervengan sus herederos) mediante una presión continua, si no por medio de ataques ingeniosamente orientados. Si ustedes no alcanzan el consuelo buscado, recuerden que los intermediarios lo hacen, y tal vez quede un pequeño resto para los recipientes finales de sus obras de beneficencia; morirán pobres, de todos modos, y eso, según la encumbrada autoridad filantrópica, produce cierta satisfacción. Supongo que estoy exagerando –¿cómo podría saberlo?–. Sin embargo, gracias a la observación puedo predecir que no serán capaces de satisfacer sus crecientes deseos –orgánicos, sensoriales y espirituales; individuales, familiares y sociales– bajo las modernas

condiciones comerciales, si bien, o paradójicamente, precisamente porque posee los medios monetarios.

La diferencia entre Dives y Lázaro[9] es más aparente que real; a ambos se los excluye de los portales de la riqueza sustancial –en nuestros días en razón del sistema de intercambio con su combinación capitalista–. Y sin ellos Lázaro yace como antaño. Consideremos su caso. No se alarmen, no voy a llamarlos de nuevo desde su elevada posición para que sirvan de ejemplo –hay tantos para elegir entre las masas–. Tendréis siempre pobres entre vosotros, lo que, cuando se moderniza, significa: bajo nuestro sistema de intercambio vigente, aquellos que no disponen más que de los servicios que prestan se han vuelto inmensamente más numerosos que los que,

---

[9] [Aquí el autor hace alusión a la parábola bíblica sobre el rico y Lázaro que se encuentra en Lucas 16:19-31; transcribimos parte de la versión de Reina Valera, 1960:

> "[19] Había un hombre rico, que se vestía de púrpura y de lino fino, y hacía cada día banquete con esplendidez. [20] Había también un mendigo llamado Lázaro, que estaba echado a la puerta de aquél, lleno de llagas, [21] y ansiaba saciarse de las migajas que caían de la mesa del rico; y aun los perros venían y le lamían las llagas. [22] Aconteció que murió el mendigo, y fue llevado por los ángeles al seno de Abraham; y murió también el rico, y fue sepultado. [23] Y en el Hades alzó sus ojos, estando en tormentos, y vio de lejos a Abraham, y a Lázaro en su seno. [24] Entonces él, dando voces, dijo: Padre Abraham, ten misericordia de mí, y envía a Lázaro para que moje la punta de su dedo en agua, y refresque mi lengua; porque estoy atormentado en esta llama. [25] Pero Abraham le dijo: Hijo, acuérdate que recibiste tus bienes en tu vida, y Lázaro también males; pero ahora éste es consolado aquí, y tú atormentado. [26] Además de todo esto, una gran sima está puesta entre nosotros y vosotros, de manera que los que quisieren pasar de aquí a vosotros, no pueden, ni de allá pasar acá." N.T.]

además, tienen bienes para vender –con el resultado de que los hombres que trabajan, las mujeres que trabajan y los niños que trabajan constituyen con todo la vasta mayoría de los consumidores norteamericanos–. Hablar de la riqueza de este pueblo trabajador en cualquier sentido, salvo el sardónico, es un anacronismo, ya que su búsqueda de la felicidad se ha zanjado en gran medida en una lucha por la existencia.

Consideren primero al desempleado –yo no puedo hacerlo con cierta calma–. Con todo lo que se ha dicho del "subconsumo" del "décimo sumergido"[10], se me escapa una exclamación: ¡qué sistema éste, en verdad, en el que hombres y mujeres sanos de cuerpo y mente, que pueden ofrecer sus servicios, y que se conforman con vender dichos servicios por el mero mínimo de subsistencia, ¡deben aun así morirse de hambre, someterse a la caridad, o tal vez ir a la prisión! Si no fuera por la iniquidad del asunto, podría burlarme de lo absurdo de tal sistema. Como cuando se impreca, una exclamación trae cierto alivio, así que voy a pasar al empleado.

En el estadio presente de "sindicalismo industrial" e "inmigración restringida"[11] los servicios de los trabajado-

---

[10] [La supuesta fracción de la población que vive permanentemente en la pobreza, en contraste con los "diez mil que están arriba", según planteó a fines del siglo XIX el pastor metodista inglés William Booth, fundador de la *Salvation Army*. N.T.]

[11] [El *sindicalismo industrial*, en expansión durante las primeras décadas del siglo XX en Estados Unidos, se diferenciaba del llamado *sindicalismo gremial* porque unía a todos los trabajadores de una determinada rama productiva sin distinciones del nivel ocupado dentro de ella. Se buscaba una mayor unidad y fuerza a la hora de plantear reclamos ante los cada vez mayores conglomerados corporativos. Desde 1891 la política inmigratoria norteamericana fue cada vez más restrictiva: se negaba la entrada a enfermos y delincuentes, y, desde inicios del siglo XX,

res no calificados están sujetos, en buena medida, a la competencia; mientras que los bienes que están forzados a comprar son en su mayor parte acaparados y deben procurarse, muy probablemente, en el "economato de la compañía". En estas condiciones, en las que prevalecen los salarios marginales y los precios de monopolio, el alto costo de vida no es una frase especulativa: es un hecho formidable. Puedo asegurarles que en estas condiciones se precisan unos apretados pellizcos para que el trabajador no calificado sobreviva, incluso si su esposa e hijos también venden sus servicios para suplir las carencias. En cuyo caso, ¿en qué se convierte su familia, cuya satisfacción de las necesidades orgánicas, alimento, albergue y vestido se supone que él provea? ¡Y esa comida! ¡ése cobijo! ¡ése vestido! Si ustedes no me creen, vayan a una barriada y véanla con sus propios ojos: no será algo edificante, pero podría despabilarlos.

O: si ello es más agradable, observen a los aristócratas de la mano de obra, copiosamente alimentados, pulcramente vestidos y cómodamente alojados –¡modelos indicativos y ejemplos loables de la oportunidad!–. ¿O es acaso la organización la responsable de su estado superior? En cualquier caso, los artesanos calificados están habilitados para hacer frente al monopolio, a solas o en agrupaciones, e imponer ciertas condiciones contractuales. Gracias a estas condiciones, a pesar del alto costo de vida, en numerosos casos resulta un superávit para la

---

a radicales, subversivos y anarquistas; en diferentes momentos también se les negaba a miembros de ciertas nacionalidades (chinos, por ejemplo). Los sindicatos de trabajadores abogaron a menudo por políticas restrictivas de inmigración pues estimaban que la llegada de inmigrantes abarataba el valor de la mano de obra y debilitaba sus organizaciones sindicales. N.T.]

satisfacción de las necesidades sensoriales. Pero consideren conmigo por un momento las oportunidades que ofrece la Norteamérica moderna para el gasto del mismo. Persiguiendo las ganancias como es lo usual, o de modo un tanto fuera de lo ordinario como en este caso, los fabricantes de bienes de pacotilla han llegado a increíbles extremos con el fin de proveer lujos de imitación para el consumo especial de los trabajadores con salarios altos y para los destinatarios de salarios bajos también, si ustedes quieren. Miren en las vitrinas o echen un vistazo a los mostradores o a las tiendas de baratijas: ¿no es sorprendente? Algunos dicen que se trata de una bendición; yo no estoy tan seguro, si pongo el ojo en lo artístico, en todo caso; pero ¿quizás por aguijonear la burbuja del prestigio? Las excursiones también son baratas –por esta razón están atestadas y, al fin y al cabo, a pesar de sus brillantes prospectos, ninguna resulta ser muy placentera–. Los bares sirven como sustitutos de los clubes, los salones de baile públicos toman el lugar de las salas privadas –ambos muy rentables, aunque no sean instituciones demasiado encumbradas–. Como un mal menor del teatro, están las proyecciones de películas, igualmente rentables y no tan degradantes como lo recién mencionado. Además, ocasionalmente se ofrecen conciertos de banda gratuitos en los parques de la ciudad o en los malecones; las galerías de arte, los jardines zoológicos, los acuarios y otras exhibiciones cuasi-públicas se abren durante ciertos días laborables, y también las bibliotecas, "en las que los desempleados con su forzoso tiempo libre pueden pasar el rato con una relativa satisfacción"[12]. Más alejados del centro de las ciudades, se les ofrecen láminas, vaciados en yeso, pianolas,

[12] W. J. Ghent, [*Our*] *Benevolent Feudalism* [Nuestro feudalismo benevolente], MacMillan, New York, p. 10.

fonógrafos, y otros rescoldos estéticos –mediante una orden por correo, no se preocupen– a quienes se imaginan que pueden pagarlos a plazos. Ahora que lo pienso, existen oportunidades para el entretenimiento nocturno (si ustedes no están muy cansados) y para las diversiones del día de fiesta además (si pueden pagar la tarifa). ¡Y al concluir su largo servicio, oficinistas y artesanos se levantan y dan las gracias, junto con la congregación entera de entusiastas y con ilimitada gratitud, al gran espíritu norteamericano por dispensarnos nuestro juego nacional y por preservar su pureza en medio de los escollos de la plutocracia! A la hora de las satisfacciones espirituales, tengo que advertirles también a ustedes, trabajadores. Como el viejo Cayo Graco (Tiberio era más sabio, aunque su sagacidad le costara la vida), es probable que queden entrampados al convertirse en receptores de favores filantrópicos –podría citarles ejemplos significativos tanto de Norteamérica como del extranjero–. Esto para un hombre libre es mucho peor, se los aseguro, que el caer presa de los atropellos filantrópicos. Pónganse en guardia contra estos griegos: los regalos que traen son sobornos.

¡Suficiente! Sé que esta vez no estoy exagerando. El trabajador ordinario de Norteamérica, incluso cuando es socorrido por su familia, debe limitarse a satisfacer sus necesidades orgánicas. Las estadísticas de caridad revelan qué tantos se privan de ello. Y todo cuanto se distribuye superficialmente para mitigar su suerte, influye muy poco, de forma fundamental, en la mejoría de su condición. Sin embargo, según nuestra Declaración de Independencia, la pretensión que él tiene de hallar su satisfacción sensorial y espiritual es exactamente tan justa como la de ustedes. Dándose cuenta de ello, en el curso de su limitada educación y reducida experiencia el trabajador democrático se inclina ahora por la "acción directa", el

"unionismo industrial", el así llamado "sindicalismo". Oponiéndose a la opresión tal vez –aun así, si no se le otorgan oportunidades iguales, está obligado a conquistarlas–. En cuando al aristócrata calificado, él recibe un extra. Hasta ahí lo admito. Pero el asunto concierne al tamaño relativo de este extra y a las oportunidades comparativas que se le brindan para el gasto del mismo. Debería decir que no son tales como para que lo lleven muy lejos en el camino de la satisfacción sensorial y espiritual. Comparados con las ganancias monopólicas, los salarios sindicales son como una piedra en un montón. O, si no, contrástense las contribuciones productivas del artesano calificado con aquellas del hábil capitalista –tiene toda la razón, su moción de orden se sostiene, yo estoy considerando el consumo–. Para concluir en consecuencia: ante las masas de trabajadores no cualificados el escarpado camino hacia la felicidad se ha evaporado en la lucha por la existencia; frente a las clases de trabajadores cualificados se extiende un sendero lleno de obstáculos. ¿Continuará el aristócrata en este dificultado camino siguiendo el fuego fatuo de su plutocrático precursor, o se volverá y ayudará a sus democráticos hermanos abriendo un camino más amplio? Como yo lo veo, de su decisión depende la epifanía del socialismo.

III

No haré que de esto infieran que me estoy adentrando en una discusión. No es necesaria: el análisis basta. Y dicho análisis muestra a los productores y a los consumidores con objetivos opuestos; a los capitalistas y trabajadores en desacuerdo; a los vendedores de bienes empujándose entre sí; a los prestadores de servicios discutiendo entre

ellos; a los numerosos pobres luchando por la mera existencia; a los pocos ricos buscando placeres tontos y persiguiendo un prestigio absurdo. Mirando hacia atrás, ustedes señalan con orgullo a los ciudadanos patrióticos de la gran mancomunidad Norteamericana; a su alrededor, presionándolos, se hallan los competidores en disputa por una mezquina riqueza privada americana; y justo enfrente suyo, perspectivas de restauración mediante la reforma. Perspectivas particularmente atractivas para el cegato, pero ilusorias, dadas las circunstancias del sistema de intercambio. Para corregir este estigmatismo y alentar la hipermetropía, les solicitaré que reconsideren la lógica de la situación.

Riqueza en el sentido original del término, significando bien, prosperidad, bienestar, resulta de la satisfacción gradual de las necesidades. De acuerdo con este ideal, todos buscamos satisfacer nuestras necesidades crecientes tanto como sea posible. Los medios para ello son los bienes y servicios a los cuales se fijan cualidades de satisfacción de necesidades, o utilidades. Idealmente, por lo tanto, nuestras actividades se dirigen hacia el incremento de nuestra provisión de dichos bienes y servicios; adviértase que no al azar, sino teniendo en cuenta la unidad y la variedad, dado que entre más inclusiva sea la unidad y más extensa la variedad de las cualidades de satisfacción de necesidades, más amplio el quantum de utilidad adquirido y, por consiguiente, mayor nuestra riqueza en el sentido original de la palabra. Ahora noten ustedes: bajo el sistema de intercambio –que habrá de permanecer intacto a lo largo y después de la restauración[13]– los bienes y servicios se adquieren solo

---

[13] [Desde fines del siglo XIX la política general de Estados Unidos estuvo guiada por la idea de la restauración de las condiciones sociales y económicas prevalecientes durante los

mediante su compra en el mercado libre; en estos días nos vemos obligados a negociar y a comprar nuestro bienestar. El alcance de dichas compras depende de la suma de dinero en mano. ¿Cuál es el resultado? Justo delante del fin ideal de satisfacer tantas necesidades como sea posible, y por lo tanto obscureciéndolo, en nuestra imaginación destaca en primer plano el fin inmediato de hacer tanto dinero como sea posible. Ahora den vuelta a la pantalla: bajo el sistema de intercambio –que ha de permanecer intacto a lo largo y después de la restauración– el dinero solo se adquiere mediante la venta de bienes y servicios en el mercado libre; en nuestros días tenemos que regatear y vender para ser adinerados. Entre más abundantes sean las ventas más grande será la suma de dinero recibido. Seguro; pero esto es hablar a medias. Porque además han de considerarse las ventajas comparativas de la competencia y el monopolio. En condiciones competitivas de venta, los precios oscilan alrededor del costo de producción y el dinero se disemina entre muchas manos; en condiciones monopólicas de venta, los precios se pueden mantener por encima del costo hasta donde sea efectiva la demanda; y, lo que es más, el dinero se concentra en unas pocas manos. Con el fin inmediato a la vista de hacer tanto dinero como sea posible, ¿cuáles parecerían ser los medios más ventajosos? Con su vista ajustada a las coyunturas lógicas, la ilusión desaparece. El monopolio es la opción rentable. De hecho, bajo el sistema de intercambio no existe otra alternativa. Cualquier

---

primeros años de la república. Se apeló a la aplicación de medidas progresivas orientadas a frenar el deterioro de las condiciones de vida de la mayoría de la población, asociado a la expansión del capitalismo, y a moderar los conflictos sociales consecuentes. N.T.]

productor con un poco de sentido de los negocios, sea él un vendedor de bienes o un prestador de servicios, se esforzará –buscando su propio interés y el de la clase a la que pertenece– por desembarazarse de la competencia; que se vuelque al monopolio o recurra a las artimañas es una cosa secundaria y fortuita además.

Supongo que en esta coyuntura resulta pertinente la observación de cierto socialista (Víctor Berger[14], me parece): "tratar de restaurar la competencia es como tratar de dejar de batir los huevos". Y, no obstante, éste es precisamente el plan propuesto por el partido en el poder[15]. Si teniendo en cuenta la eficiencia comparativa, el aumento de los costos, los rendimientos decrecientes y otras incidencias económicas, dicha restauración sería benéfica para, en el mejor de los casos, los pequeños capitalistas y consumidores de la clase media que están detrás del movimiento, no estoy tan seguro. Pero este no

---

[14] [Victor Luitpold Berger (1860-1929), de origen judío y nacido en el entonces Imperio Austro-Húngaro, emigró joven a Estados Unidos donde se convirtió en un periodista socialista de gran influencia –publicaba en alemán e inglés–. Berger ayudó a establecer el *Sewer Socialist Movement*, movimiento socialista democrático que se distanciaba del marxismo ortodoxo. En 1890, al ser elegido representante de un distrito de Milwaukee, Wisconsin, se convirtió en el primer representante socialista de los Estados Unidos. N.T.]

[15] [El autor se refiere al Movimiento Progresivo liderado dentro del Partido Demócrata por Thomas Woodrow Wilson, presidente de Estados Unidos entre 1913 y 1921. Durante su primer gobierno, las propuestas económicas de Wilson eran reformistas, asignando al Estado el papel regulador y supervisor de la economía –impulsando por ejemplo la creación del sistema de la Reserva Federal y proscribiendo los monopolios– para permitir que el mercado funcionara con mayor eficiencia y evitar así el incremento de los desajustes sociales. N.T.]

es el punto. Aun pasando por alto la crueldad de este procedimiento, es la absoluta imposibilidad de la propuesta lo que me impresiona. Si bajo el sistema de intercambio –que ha de continuar intacto– el asociarse es del interés económico de los productores, ¿cómo se va a obligarlos a competir? Mediante la invocación al poder soberano del Estado. Por fin hemos llegado a la fuente de la falacia: ¡la doctrina de la soberanía popular! No era falacia alguna al principio, se lo aseguro, sino hoy en día, bajo el orden existente. Como Charles Edward Russell[16] lo ha dicho tan bien, no es ya el Pueblo sino los Negocios los que prevalecen. Los negocios son el corazón de la nación que distribuye sangre vital, bajo la apariencia de bienes y servicios, al cuerpo político. No obstante, el flujo se ha contaminado –¡corríjase el diagnóstico!–, el envenenamiento de la sangre se ha implantado. Aun así, ustedes no deben interferir con la acción del corazón. Conténtese con la profilaxis, mis *confrères* democráticos. Regulen el sistema con una legislación laxante; si esto no afecta a los resultados deseados, traten con dosis drásticas de decisión judicial. O en una emergencia podrían recurrir al anticuado método de la sangría; confinen a sus pacientes, en caso de que no se sometan voluntariamente a la operación, y preserven para el análisis los corpúsculos que

---

[16] [El periodista y escritor Charles Edward Russell (1860–1941), ganador del Premio Pulitzer en 1928, fue también activista político y uno de los fundadores de la NAACP [Asociación Nacional para el Progreso de Gente de Color] en 1909. A inicios del siglo XX formó parte de los *muckrakers*, grupo de periodistas preocupados por denunciar con pasión las pésimas condiciones laborales de los trabajadores industriales, uniéndose al partido socialista en 1907. N.T.]

retiraron en el camino del bien. Suficiente con la analogía; de cualquier modo no es mía y me está llevando demasiado lejos. Lo que deseo aseverar es lo siguiente: ustedes no pueden restaurar la competencia entre productores porque la competencia entre productores no es un buen negocio. Continúen con el intento: o bien los negocios han de frustrar sus esfuerzos o ingeniosamente evitarán el asunto. Con seguridad ustedes han tenido suficiente experiencia en el pasado como para apreciar esta afirmación. En la Norteamérica moderna los negocios gozan de la supremacía.

IV

Riqueza, en el sentido original de la palabra, significando bien, prosperidad, bienestar, gobierna por derecho divino en el trono de lo ideal. La oportunidad es su primer ministro, la caridad su embajador social; los bienes honestos y los servicios desinteresados atienden sus mandatos. Trabajadores saludables cooperan en la producción; en el consumo, unos alegres compañeros se sientan en la junta. Esta es la Edad Dorada –o llámela con Glaucón "una ciudad de cerdos"[17], si le place–. Bajo la

---

[17] [En libro IV de *La República*, una de las obras de Platón más influyentes hasta el día de hoy, Sócrates, en diálogo con Glaucón, discute la posibilidad de una ciudad en la que cada quien pueda desplegar sus propias habilidades y en la que todos compartan el producto de las mismas; en ella se viviría con lo necesario: no habría cómo aderezar la comida con exóticas especias, pero se gozaría de la humilde miel; en ella no habría cabida para la envidia ni tampoco qué robar. Glaucón rechaza enojado esta bucólica ciudad, a la que llama "ciudad de cerdos", es decir, una ciudad no apta para los hombres, y aboga por una en la que, aunque jerarquizada y escenario de combates, puedan

apariencia del sistema de intercambio se ha efectuado una usurpación. Ataviado con una significación legítima que deriva de su antiguo ancestro (aunque él mismo sea una enorme suma de valores de cambio), en el presente prevalece el poder impostor del dinero. El monopolio es su primer ministro, la trapacería es su embajador de negocios; los bienes fraudulentos y los servicios egoístas favorecen su prestigio. Capitalistas en connivencia y trabajadores con conciencia de clase compiten en la producción; en el consumo, unos pocos se sientan, muchos sirven, y los proscritos recogen las migajas. Ésta es la era Comercial –o, si lo desea, llámela con Sócrates "el estado del lujo"–. A la luz de este contraste debe desearse con devoción una restauración. Se los acepto –solo que ustedes no deben esperar que se efectúe a través de una reforma–. Por alguna razón, la Naturaleza no opera de esa manera.

Nos hemos acostumbrado a contrastar la evolución y la revolución; esto es completamente erróneo: ellas son una y la misma. A través del reino de lo orgánico, si DeVries[18] tiene razón, las mutaciones ocurren en ciclos, súbitamente, *per salta*, por decirlo así. Sin duda, la preparación es gradual pero el cumplimiento es abrupto –en el mundo social, en todo caso–. ¿Pueden recordar alguna transformación social de cierta importancia que se haya producido gradualmente a través de la reforma? Pensaría que no. Ustedes se percatarán de que la reforma es solo un concomitante, nunca la causa, del progreso; sirve también

---

florecer las obras más refinadas de la cultura: la gran arquitectura, la gran literatura e incluso la filosofía. N.T.]

[18] [El botánico holandés Hugo Marie de Vries (1848–1935) es considerado uno de los primeros genetistas ya que, junto a otros investigadores, a inicios del siglo XX retomó y desarrolló las leyes fundamentales de la genética esbozadas previamente por Gregor Mendel. N.T.]

como un indicio que aparece a modo de precursor y que se multiplica cuando se aproxima un cataclismo. Bajo la superficie social los cambios económicos ocurren continuamente y de manera tan gradual como para que todos sean imperceptibles, si no fuera por el síntoma de la reforma. Cuando se completa el ciclo, ocurre el cataclismo; las reformas se esfuman con rapidez y la revolución procede a completar el trabajo de restauración. Que la revolución sea incruenta o sanguinaria es solo un incidente dramático. Lo esencial es que las transformaciones sociales se efectúan de esta manera. En cuanto a las señales existentes, el índice de reforma lo señala conspicua, y significativamente me parece, aunque no estoy en posición de hacer profecías. Si el cataclismo se desbordará antes de que pase mucho tiempo o si de vuelta será contenido durante más o menos una generación, depende, hasta donde puedo ver, de la actitud de la mano de obra calificada y, dado que los conservadores están comprometidos con reformas fatuas, de la política de los progresistas hacia los cambios económicos que ocurran mientras tanto. Aunque de esto estoy convencido del todo –a causa de la experiencia del pasado, tristemente–: cuando la revolución ocurra de hecho, habrá resistencia a todo lo largo de la línea capitalista y además acrimonia sin fin entre las clases sociales y las secciones geográficas. Sin embargo, no hay razones para tal antagonismo; de todos modos, éste no surge de la iniquidad innata de la humanidad; quizás se deba a las desigualdades de la posesión que han prevalecido hasta ahora. Digamos eso para guardar nuestro respeto por el sufragio universal, y en conclusión les pido que mediten quietamente en torno a los cambios que están destinados a suceder. Entre el tumulto y la confusión de los tiempos es imposible apreciar los detalles. Pero en un esbozo amplio el contraste

es inspirador y además esclarecedor; entre la riqueza privada competitiva existente que me he esforzado en describir y la mancomunidad cooperativa por venir, dejo que su imaginación se lo figure.

ÉTICA DE LA RIQUEZA[19]

Thomas Francis Moran

Se consagra una gran dosis de reflexión y energía empresarial al problema de la *producción de riqueza*. El agricultor, el industrial y el hombre de negocios incesantemente se esfuerzan para encontrar nuevos y mejores métodos en pos de este fin. Una buena parte de la energía de la raza humana se dedica a este problema en sus varias fases. Esto está bien. No obstante, la producción de riqueza no es un fin en sí mismo, sino simplemente un medio para un fin. Debiera ser evidente que el objetivo de la existencia humana no es la producción de riqueza sino la realización de uno mismo; y en esta realización de sí la riqueza es solo un medio –uno de suma importancia, sin duda– pero no un fin. Es verdad que el propósito de más de una existencia egoísta y sórdida es el de producir riqueza en las mayores cantidades posibles. Muy a menudo también resulta ser cierto que la realización plena y completa del ser y el consecuente desarrollo y progreso de la raza humana se pierden de vista en la rebatiña por la ganancia material. No querría menospreciar la producción de riqueza en lo más mínimo. Ella constituye una gran bendición económica; no obstante, aquí haré hincapié en el *consumo de riqueza* como un factor importante para el progreso económico y moral. Si la riqueza se produce tan solo para ser consumida de un modo improductivo,

---

[19] ["The ethics of wealth", apareció por primera vez en la *American Journal of Sociology,* vol. 6, no. 6, 1901, pp. 823-838.]

despilfarrador o dañino, el mal, más que el bien, será su inevitable resultado.

No está al alcance de este documento discutir el tema del consumo en todas sus fases, sino tan solo preguntar cuáles son las obligaciones éticas que descansan sobre la persona cuando usa o consume aquella riqueza que posee.

Se suele generalmente admitir que el individuo está supeditado por ciertas obligaciones morales a emplear sus capacidades para el bien general –para el bien del Estado–. Aquel hombre no logra alcanzar nuestro ideal de ciudadanía si no está dispuesto a dedicar sus mejores energías al bien público. Resulta entonces pertinente preguntar si existe alguna obligación moral que incumba al individuo en el caso de sus recursos materiales. ¿Debe la ética de la ciudadanía pedirle que haga uso de su riqueza, ya sea en su totalidad o en parte, para el bien público?

En el consumo de riqueza la primera partida se invierte en la provisión de las necesidades vitales de la persona y de aquellos que dependen de ella. Dicho desembolso es avalado como una cuestión de rutina. El siguiente ítem, en el curso natural de las cosas, se gasta en las comodidades de la vida para las mismas personas. Pocos mirarían este gasto con desaprobación. Provistas las necesidades y las comodidades, el ciudadano promedio se permite lujos en mayor o menor grado según sus medios e inclinaciones. Aquí, entonces, entramos en un terreno dudoso. ¿Diremos con Ruskin[20] que "ninguna nación tiene derecho a

[20] [John Ruskin (1819-1900), prolífico e influyente escritor inglés y pensador social de la era victoriana, cuyo interés en el arte se plasmaría tanto en los volúmenes I a V de su *Arte Moderno,* en sus numerosos ensayos, artículos y cartas, como en las diversas iniciativas que emprendió a lo largo de su vida: benefactor de artistas (por ejemplo, algunos de los *Prerafaelistas*), filántropo e impulsor de las artes (como la *Ruskin School of Drawing*),

complacerse en lujos hasta que todos sus pobres estén cómodamente alojados y alimentados", o defenderemos el derecho de un hombre a vivir lujosamente siempre y cuando su dinero se haya obtenido de manera legítima? ¿Emitiremos una condena radical a la vida de lujo o haremos distinciones?

Nuestras consideraciones se facilitarán si observamos la materia desde el punto de vista del *historiador*, el *moralista* y el *economista* respectivamente.

Las acusaciones contra el lujo que presentan los historiadores de las decadentes naciones orientales y clásicas suelen ser contundentes y severas. El filósofo historiador por lo común observa las semillas de la decadencia en una vida de lujo, y con razón en muchos casos. El ejemplo más familiar de una nación cuya vitalidad fue minada por el lujo es el de Roma. Los historiadores han pintado una y otra vez el terrible espectáculo de aquel lujo llamado "imprudente" e "inmoral", por no hablar de términos más enérgicos. Séneca nos dice que durante el primer período del imperio los romanos se aficionaron al placer entusiasta de obtener el pescado de los mares más lejanos. Se mataba al pescado sobre la mesa en presencia de los invitados para que los forcejeos moribundos y los cambios fortuitos de colores, acentuados por una infusión, pudieran deleitar el ojo del epicúreo. Se tiñeron de púrpura rebaños de ovejas, se construyeron estanques de peces en los techos de las casas y jardines colgantes sobre las torres para que el noble romano no se fatigara con la monotonía de la vida. Cleopatra y el emperador Calígula disolvían costosas

---

proponía vincular el trabajo manual e intelectual (perspectiva que inspiraría al movimiento *arts and crafts*). Donó tierras para proyectos que hoy llamaríamos "ecologistas" y abogó por el cambio social mediante la lucha obrera. N.T.]

perlas en vino para que la poción resultara rara y novedosa. El excéntrico Calígula hizo construir o remover montañas, sin propósito útil alguno, tan solo para colmar un peculiar antojo o capricho. Lúculo, el general romano del primer siglo de la era cristiana, hizo abrir túneles en las montañas que traían el agua salada a su villa cerca de Nápoles para que el pescado de mar pudiera estar próximo y a la mano, dispuesto en su mesa. Se dice que el emperador Vitelio participó en un festín compuesto en parte por dos mil peces seleccionados y siete mil pájaros raros. Suetonio cuenta la bien conocida historia del inmenso pez llamado "el escudo de Minerva" preparado para el mismo emperador cortando juntos los hígados de truchas, los sesos de faisanes y pavos reales, las lenguas de flamencos y las entrañas de lampreas.

El vestuario se cambiaba hasta once veces durante un solo banquete, y Marcial nos comenta que muchos de los romanos quedaban tan inanes que se apoyaban en sus esclavos para que éstos les dijeran cuando comer. Se dice que uno, según el mismo escritor, habría preguntado a su esclavo con la mayor seriedad: "¿Estoy ahora sentado?" Hechos como estos son familiares para el historiador; y con gran cuidado se advierte el efecto de estas tendencias del lujo sobre la existencia nacional del Imperio Romano.

Dice Gibbon:

> Bajo el Imperio Romano el trabajo de un industrioso e ingenioso pueblo fue diversa pero incesantemente empleado en servir al rico. En su vestimenta, sus mesas, sus casas y su mobiliario, los favoritos de la fortuna reunían todo el refinamiento de la comodidad, la elegancia y el esplendor, lo que pudiera calmar su orgullo o gratificar su sensualidad. Estas exquisiteces, bajo el odioso nombre de lujo, han sido atacadas severamente por los moralistas de todas las épocas; porque tal vez sea más provechoso para la virtud así como

para la felicidad de la humanidad el que todos posean las cosas necesarias de la vida y ninguna de las superfluas[21].

En el mismo tono, apunta en otra parte:

Los países más remotos del mundo antiguo fueron saqueados para abastecer la pompa y el refinamiento de Roma. Los bosques de Scythia proveyeron algunas pieles valiosas. El ámbar era traído por tierra de las orillas del Báltico hasta el Danubio; y los bárbaros se asombraban ante el precio que recibían a cambio de una mercancía tan inútil. Existía una inmensa demanda de alfombras de Babilonia y otras manufacturas del Este; pero la rama más importante e impopular del comercio con el extranjero se llevaba a cabo con Arabia y la India[22].

Al exponer los efectos de esta vida de lujo, comenta:

El lujo afeminado que infectaba los modales de cortes y ciudades había inoculado un veneno secreto y destructor en los campamentos de las legiones; y su degeneración ha sido caracterizada por la pluma de un escritor militar que había estudiado con exactitud los genuinos principios antiguos de la disciplina romana… Los soldados enervados abandonaban su propia defensa así como la pública; y su indolencia pusilánime puede considerarse la causa inmediata de la caída del imperio[23].

En buena medida los moralistas han tomado sus datos de los historiadores, y han descrito las influencias inmorales y degradantes del lujo en términos incluso más vívidos e inculpadores. Sus páginas están repletas de ilustraciones que tienden a mostrar los efectos destructivos

---

[21] Edward Gibbon, *History of the Decline and Fall of the Roman Empire* [Historia de la decadencia y caída del Imperio Romano] (1776-1788), vol. I, [Las artes del lujo], p. 67.
[22] *Ibid.*, vol. I, [Comercio exterior], p. 68.
[23] *Ibid.*, vol. III, [La infantería deja a un lado su armadura], pp. 129-130.

del lujo sobre aquellas naciones que fueron fuertes y florecientes durante un tiempo, y luego declinaron. La resonancia de sus palabras no se ha limitado a ningún país particular o a alguna época especial. Séneca, Plinio, Platón, Aristóteles, los padres de la iglesia, el gran filósofo Tomás de Aquino y el moderno moralista francés M. de Laveleye[24] han alzado sus voces de protesta contra el lujo y sus males conexos.

Los economistas han invertido también no poco tiempo y trabajo discutiendo los diversos aspectos del lujo y mostrando sus efectos sobre la producción de riqueza. Su veredicto casi unánime ha sido el de que, desde una perspectiva económica, el gasto de riqueza en lujos representa una forma derrochadora e improductiva del consumo. Adam Smith dice que el hombre pródigo tiende a arruinarse a sí mismo y a empobrecer a su país, mientras que el hombre frugal constituye una bendición económica. John Stuart Mill consideraba que la riqueza disipada en placeres y lujos se consumía improductivamente. Otros escritores de menor resonancia en el campo de la economía no han hecho mucho más que reiterar los sentimientos de estos dos grandes maestros del pensamiento económico. La siguiente ilustración, tomada de las páginas de un economista moderno (Ely), servirá para mostrar el principal argumento económico contra el lujo:

---

[24] [Creemos que el autor se refiere a Émile Louis Victor de Laveleye (1822–1892), historiador y economista, profesor de economía política de la Universidad de Lieja y conocido columnista y popularizador de cuestiones científicas. Entre sus escritos cabe destacar *Primitive Property* (1878), *The New Tendencies of Political Economy* (1879) o *International Bimetallism and the Battle of the Standard* (1881). N.T.]

A y B tienen cada uno un ingreso anual de cien mil dólares más de lo que necesitan para mantenerse a sí mismos. A gasta sus cien mil dólares en brindar una serie de magníficos esparcimientos, y las personas poco reflexivas opinan que se trata de un hombre que debiera bendecirse porque da empleo a la mano de obra. B gasta sus cien mil dólares en la construcción de una fábrica. Puede que sus conocidos no sepan lo que hace con sus ingresos y lo llaman un mal ciudadano, porque en vez de dar empleo "le echa llave a su dinero", con lo que parece quererse decir que impide el consumo de bienes sobre los que tiene control. B, sin embargo, ha consumido o regido el consumo de una cantidad tan grande de bienes económicos como A, y le queda algo que mostrar por ello. Después de haberles dado trabajo durante un año a los hombres que han construido su fábrica, él continúa procurando un empleo y la oportunidad de consumir indefinidamente a un número de personas, mientras que el consumo de A se ha detenido de una vez por todas. Puede decirse que todo el consumo realmente improductivo es inmoral[25].

---

[25] Richard T. Ely, *Introduction to Political Economy*, New York, 1889, p. 270. [Ely (1854-1943) fue un conocido economista y líder del movimiento progresista en Estados Unidos. Se formó inicialmente en la Universidad de Columbia y luego obtuvo un doctorado en economía en la Universidad de Heidelberg y otro en leyes en Hobarth College. Fue profesor en las universidades Johns Hopkins, Wisconsin y Northwestern, y fundador de la American Economic Association y de la Christian Social Union, que abogaba por la aplicación de los principios cristianos a la solución de los problemas del mundo. Entre sus muchas obras cabe citar: *French and German Socialism in Modern Times (*1883), *Recent American Socialism* (1885), *The Labor Movement in America* (1886), *Social Aspects of Christianity, and Other Essays* (1889), *Monopolies and Trusts* (1900) o *Property and Contract in their Relation to the Distribution of Wealth* (1914). N.T.]

Otro ejemplo, tomado de un trabajo reciente del profesor MacCunn del University College de Liverpool[26], ilustra el mismo punto:

> Suponga que entramos en uno de los grandes astilleros y en las gradas de construcción vemos un transatlántico. Se trata de un objeto que supone costos. Cientos de trabajadores vienen y trabajan y se van, día tras día, consumiendo todo el tiempo comida, ropa y herramientas, y gastando su fuerza en diversos productos, los cuales a su vez solo han podido llegar al astillero mediante un alto costo de mano de obra y material. A raíz de todo este consumo la nación es bastante más pobre. Ha gastado mucho. Pero, entonces, existe un *quid pro quo,* un magnífico instrumento de comercio gracias al cual un país puede, en un lapso relativamente corto, no solo recuperar todo este desembolso sino estar en mejor posición que nunca para incrementar su riqueza. En toda la operación hay ganancias. Como nación somos más ricos.
>
> Y ahora suponga que avanzamos unos pocos pasos, y encontramos allí en el astillero, acercándose con celeridad a su terminación, el casco de un yate de recreo. A primera vista podría parecer que existe solo una pequeña diferencia entre los dos casos. Los hombres vienen y van, y se ganan aquí su vida, justo como en el otro caso; y, justo como en el otro caso, se utilizan materias primas de diversa índole. Hasta ahora podría parecer de poca importancia si llenamos nuestros astilleros con transatlánticos o con yates de recreo. Pero, por supuesto, hay

---

[26] John MacCunn, *Ethics of Citizenship,* Glasgow, 1894. [MacCunn (1846-1929), formado en la Universidad de Glasgow y en Balliol University, fue profesor privado en Oxford hasta su nombramiento como profesor de Lógica, Filosofía Mental y Moral, y Economía Política en el University College de Liverpool (1881-1910). Otras obras suyas son: *The Making of Character. Some Educational Aspects of Ethics* (1900), *Six Radical Thinkers: Bentham, J. S. Mill, Cobden, Carlyle, Mazzini, T. H. Green* (1907), *Liverpool Addresses on Ethics of Social Work* (1911), *The Political Philosophy of Burke* (1913). N.T.]

una diferencia –la mayor–. En este caso no tenemos un instrumento de comercio; tenemos en su lugar un instrumento de placer y deleite destinado a transportar a alguna feliz compañía a través de mares de verano, y que destierra de la mente el pensamiento mismo del comercio con todas sus derivaciones.

Llevemos nuestra suposición todavía un paso más allá e, invitados por el dueño afortunado de esta barca de placer, nos vamos de crucero, en cuyo curso echamos ancla en cierto lago circundado por montañas donde vive un amigo a quien el destino amable le ha otorgado un bosque con venados. Encontramos a nuestro amigo viviendo allí como un potentado entre guardabosques y guías de caza. El dinero circula por supuesto. Éste cumple noblemente la función del gasto. Y hay un trabajo cumplido, bastante agotador; porque podemos estar seguros de que este séquito no es alimentado y alojado por hacer nada. Pero cuando todo ha pasado y la temporada se termina, ¿qué hay para mostrar? Ningún instrumento de comercio o de industria, ni siquiera un instrumento de placer como el yate, sino solo una o dos veintenas de ciervos y unos cuantos cientos de pares de urogallos que hace mucho tiempo desaparecieron todos ante el apetito de estos cazadores y sus amigos.

La conclusión a la que irresistiblemente llegamos es obvia:

¿Quién negará que, desde el punto de vista comercial, habría sido diez veces mejor que esos carpinteros, que invirtieron su fuerza y gastaron materiales en el yate, hubieran sido empleados en la entrega, para el servicio de sus compatriotas, de un instrumento, un buque de vapor o un barco, cuya posesión les permitiría incrementar la riqueza nacional al poner artefactos útiles en las manos que son más aptas para usarlos para el beneficio industrial? Y de nuevo, desde el mismo punto de vista, hubiera sido más de diez veces mejor si todos los esfuerzos invertidos por los guías de caza a través de los largos días de otoño en aquel bosque de venados se hubieran puesto en un trabajo que dejara algo tras de sí –algo

más aplicable al comercio y la industria que los relatos, no importa cuán encantadores fuesen, sobre embolsar urogallos o acechar ciervos[27].

Tal es el argumento general contra el lujo que propone el economista. Ahora bien, el lujo del tipo mencionado arriba podría ser defendido en un terreno distinto del económico; aunque pienso que debe admitirse que, desde una perspectiva puramente comercial y económica, no puede hallarse ninguna defensa válida y suficiente. Los cuidadores del parque de venados están malgastando su fuerza de trabajo en lo que a la producción de riqueza se refiere, y el despilfarro económico es despilfarro económico; y ningún sofisma o malabarismo verbal puede convertirlo en otra cosa. No basta con decir que a los hombres se les ha dado la oportunidad de ganarse un sustento honesto. En las mentes de muchas personas este argumento es suficiente –aunque por cierto es superficial y el análisis de la materia es tan solo parcial–. La riqueza que produce un individuo no depende únicamente de la cantidad de trabajo realizado por el mismo, sino de la utilidad que se deriva de sus esfuerzos. Así que, de igual modo, la prosperidad material de cualquier nación depende del producto o utilidad del trabajo más que de la cantidad de trabajo o del esfuerzo realizados. La una no es siempre directamente proporcional a la otra. Una gran cantidad de trabajo puede, y a menudo lo hace, producir una pequeña utilidad. El problema de la prosperidad individual o nacional desde el punto de vista económico es el de emplear las fuerzas productivas –tierra, trabajo y capital– de modo que procuren la utilidad máxima; y la utilidad derivada de las fuerzas productivas empleadas en la construcción del trasatlántico contrasta marcadamente

---

[27] *Ibid.*, pp. 196-199.

con aquella recibida de las fuerzas empleadas en establecer y conservar el parque de venados. La famosa declaración de Adam Smith sobre este punto es tan cierta hoy como cuando fue escrita hace un siglo. "Un hombre se hace rico", decía, "empleando una multitud de obreros"; se hace pobre manteniendo una multitud de sirvientes domésticos." El profesor MacCunn expresa prácticamente la misma idea cuando dice: "Permítase que en cada astillero del reino resuenen con estruendo los martillos sobre una flota de yates, y permítase que cada hombre con 300 libras al año contrate a un sirviente personal; no existe prosperidad industrial o comercial en eso. A menos que se contrarreste con otros tipos de comercio y otros tipos de industria, dichos gastos llevarían directo a la ruina"[28].

La riqueza que se gasta en festejos fastuosos

Una función de la alta sociedad celebrada en la ciudad de Nueva York, que se dijo había costado medio millón de dólares, dio origen a una gran discusión en torno a los aspectos éticos y sociales del lujo. El *Times-Herald* de Chicago de febrero 7 de 1897 contenía un buen número de entrevistas sobre la materia realizadas a damas de la sociedad de la ciudad y a conocidos ministros del Evangelio. Como regla, el enorme gasto fue defendido por las mujeres de la sociedad y reprobado por los clérigos. Las razones principales de la defensa eran dos: se adujo, en primer lugar, que los anfitriones tenían el "perfecto derecho" a gastar su dinero como les pareciera. De nuevo, la extravagancia fue defendida, y en un caso especialmente elogiada, al alegarse que ésta ponía a circular el dinero. Ambas posiciones son sencillamente insostenibles.

---

[28] *Ibid.,* p. 201.

Un hombre tiene por supuesto el derecho legal a gastar su dinero como le parezca, pero no puede sostenerse de modo satisfactorio que tiene el derecho moral para hacerlo. El mejor pensamiento de esta generación convino en afirmar que un hombre está moralmente obligado a emplear sus talentos en el servicio de sus semejantes. El propósito de la existencia humana es la total y completa realización de sí, de la persona, y, por su intermedio, de la raza humana. Al obrar en pos de este fin último cada individuo debe ser un partícipe activo, y el que no lo es resulta ser un mero estorbo en la tierra. Entonces, ¿por qué la misma regla no se aplica tanto a los recursos materiales como a los intelectuales? Es obvio que lo hace. La parábola de los talentos enseña mucho; pero preferimos una interpretación figurada. Una aplicación literal involucraría asuntos financieros –en breve, tocaría el nervio del bolsillo del intérprete–. Incluso un aficionado en fisiología financiera conoce cuán sensible es este punto. Las personas razonables llegan generalmente a la conclusión de que la ética de la ciudadanía insta a que el individuo haga uso de su riqueza no menos que de sus talentos para el avance de sus semejantes. No existe la propiedad absoluta de pleno derecho desde la perspectiva de la ética. Aquel egoísmo que sostiene que sí la hay está destinado a evaporarse frente a la visión más amplia. Cualquier tipo de poder va acompañado de responsabilidad.

Resulta por lo tanto pertinente preguntar si esta visión del asunto es mera teoría, o si existen algunos datos sustanciales de los que pueda deducirse una opinión de este tipo. Estos datos existen ciertamente. Como evidencia citaré la larga lista de magníficas donaciones que se han hecho en años recientes para propósitos filantrópicos. El solo estado de Massachusetts ha recibido de personas privadas más de 8.000.000 de dólares para la dotación de

bibliotecas, aparte de más de cien edificios conmemorativos para bibliotecas y numerosas colecciones de libros. La Biblioteca Astor de Nueva York, la Biblioteca Enoch Pratt de Baltimore, la Biblioteca Newberry de Chicago, y las diferentes bibliotecas fundada por Andrew Carnegie en Europa y Estados Unidos, son todos ejemplos de la beneficencia privada. Además los casos bien conocidos del Instituto Smithsoniano de Washington, el Instituto Pratt de Brooklyn, el Instituto Armour de Chicago, el Instituto Drexel de Filadelfia, la Universidad Johns Hopkins, las universidades de Chicago, Cornell y Clark son ejemplos de lo que la fortuna amasada ha hecho en favor de la causa de los estudios de educación superior. La reciente prosperidad material de la Universidad de Columbia de Nueva York se debe a la beneficencia de hombres y mujeres acaudalados. El Colegio Universitario Girard y el Hospital Johns Hopkins son ejemplos monumentales de filantropía privada de otra índole. Las fundaciones educativas Peabody y Slater son testimonio de la misma obligación ética y espíritu filantrópico. Es cierto que el cínico podría observar, como a menudo se ha hecho, que los hombres ricos se deleitan en establecer comedores y hospitales para que las generaciones futuras proclamen sus nombres. En algunos casos se puede haber tenido estas motivaciones egoístas. James Lick declaró su intención de erigir una edificación elevada a su memoria sobre algún pico de la costa Pacífica. Cierto amigo práctico sugirió que tal monumento podría ser destruido por algún ejército invasor, y propuso que un observatorio sobre alguna altura tierra adentro podría constituir su monumento conmemorativo. El resultado es el famoso Observatorio Lick. Una motivación así puede ser objeto de críticas, pero en buena parte de los casos no cabe duda de que el motivo es realmente filantrópico. En la mayoría de estos juega un

importante papel el sentimiento de que mediante la donación se cumple con un deber público. Un gran número de instituciones educativas y de beneficencia han recibido el apoyo de personas que han pedido terminantemente que, en lo tocante a sus legados, no se mencionen sus nombres. La Universidad de Nueva York ha recibido más de 1.000.000 dólares de dichas fuentes, y un donante que dio 300.000 dólares a la escuela de medicina de dicha institución no solo solicitó que se reservara su nombre sino que no se hiciera una notificación formal del donativo.

George Iles, en un artículo en la *Century Magazine* de marzo de 1897 sobre el "Arte de la Gran Donación", dice:

> No solo los pobres descontentos sino el considerado rico empiezan a sentir que la supremacía financiera crea nuevas deudas hacia la colectividad. Pero ¿pueden estas deudas ser definidas legalmente y hacer que se cumplan? Hace falta habilidad y sabiduría para la tarea, incluso si la pregunta se confinara en torno a cuán justo es el intento. Para muchos hombres con grandes posesiones la voz de la conciencia es eficaz, como nunca podría llegar a serlo el alcance previsto del recaudador de impuestos.

Examinemos ahora el segundo motivo de defensa –es decir, el económico– predicado en el caso de la reciente extravagancia de Nueva York. Se sostiene que el gasto de dinero es una bendición económica. Luis XIV de Francia defendía de la misma manera el expendio extravagante cuando al concurrir ante su frívola corte decía: "Cuando un rey hace grandes gastos, da limosnas." Un significado semejante tenía la observación de Montesquieu al afirmar: "Cuando el rico restringe sus gastos el pobre muere de hambre." Si nuestro razonamiento previo sobre este punto es correcto, la falacia de la declaración debe ser evidente. Desde un punto de vista económico, el pródigo es

preferible al tacaño pero es inferior a aquel que invierte su dinero en alguna iniciativa productiva.

Hemos ya examinado el asunto del lujo desde la perspectiva del historiador, el moralista y el economista; surge entonces naturalmente la pregunta: ¿Está la persona éticamente obligada a acatar la decisión de estas tres clases de personas? ¿Exige la ética de la ciudadanía que ella abjure del lujo en todas sus formas?

Para discutir esta cuestión de modo inteligente y definitivo nos resulta necesario llegar a un acuerdo sobre el significado del término "lujo". Pero no es posible una definición exacta de la expresión dada la naturaleza misma de las cosas. No hay por supuesto ningún acuerdo sustancial entre los autores acerca de lo que constituye un lujo. Plinio menciona el hielo y los espárragos como lujos injustificables. Holinshed, el escritor de la famosa *Chronicle* (1577), consideraba que sustituir el grosero agujero en el techo, a través del cual solía escapar el humo, por la chimenea era una prueba de refinamiento decadente. Por la misma razón también deploraba que con vasijas de barro y estaño se sustituyeran las de madera hasta entonces en uso. Existen casi tantas definiciones y concepciones del lujo como autores sobre el asunto.

La concepción de Adam Smith es amplia e inclusiva:

> Los bienes de consumo son o bien cosas necesarias o lujos. Por cosas necesarias entiendo no solo los bienes que son imprescindiblemente forzosos para el sustento de la vida, sino cualquiera que la costumbre del país considere que es indecente para las personas encomiables, incluso del orden más bajo, el estar sin ellos. Llamo lujos a todas las otras cosas.[29]

---

[29] A. Smith, *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations* [Una investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones] (1776), libro 5, capítulo ii.

La concepción del profesor Ely es más restrictiva. "Los lujos", dice, "son cosas que sirven a aquellos anhelos indeseables como el amor a la ostentación, la vanidad o el deseo egoísta de exaltarse a uno mismo por encima de su semejante y que por lo tanto producen segregación."

El Profesor Senior comprende la dificultad de la situación y comenta lo siguiente: "La cuestión de si un bien dado debe ser considerado como una moderación o un lujo es una a la que obviamente no puede darse una respuesta a menos que el lugar, el tiempo y el rango del individuo que lo usa puedan precisarse." "Un coche", continúa, "es una moderación para una mujer a la moda, una necesidad para un médico y un lujo para un artesano."

El francés M. Baudrillait en el fondo dice que todo lo superfluo es un lujo. J. B. Say caracteriza como lujos a aquellos bienes que son a la vez *superfluos* y *queridos*.

M. de Laveleye, en un artículo en la *Popular Science Monthly* [Ciencia popular mensual] de marzo de 1881, titulado "Moral y Lujo", presenta su punto de vista así: "Designo como objeto de lujo todo aquello que no responde a alguna necesidad primaria, y que, costando mucho dinero y en consecuencia mucho trabajo, está al alcance de solo un pequeño número de personas."

Es obvio que no parece deseable que tratemos de formular una definición exacta del término "lujo" que sea, a la vez, suficientemente inclusiva y suficientemente exclusiva. Sin embargo, dados los propósitos de esta discusión, parece mucho mejor adoptar una concepción del término "lujo" que contenga todo lo que cualquiera podría razonablemente afirmar que ahora debería incluirse en esa expresión. Entonces, con esta concepción amplia a la vista, permítasenos reiterar la pregunta planteada arriba, a saber: ¿Exige la ética de la ciudadanía

que reneguemos del lujo en cualquiera de sus formas? La respuesta de M. Laveleye a esta cuestión sería prácticamente "sí". Él formula una definición amplia y comprehensiva del lujo y luego dice: "Algunos distinguen entre un lujo que es virtuoso, permisible y aún encomiable, y otro que es impropio e inmoral. No puedo admitir la distinción y creo que la escuela rigorista tiene razón."

Sin embargo, no es tan claro que la posición de la llamada "escuela rigorista" pueda sostenerse. La ética de la ciudadanía en el día y tiempo presentes no puede exigir esta abnegación propia. El ascético, el estoico y el fraile mendicante pueden, desde su perspectiva de la vida, hacer de modo consecuente tales demandas. Pero el progreso y la civilización exigen una condena menos rotunda. No parece razonable implantar una prohibición absoluta sobre los lujos y poner el arte, la música y el viaje al extranjero en la misma categoría que la gula, el libertinaje y la sensualidad. Es un hecho cierto que muchos de los llamados lujos resultan muy propicios para llevar una vida mejor. Ellos pueden contribuir al desarrollo del individuo y de la raza humana en términos morales e intelectuales. El individuo bien puede, en vez de enorgullecerse de ser un miembro de la "escuela rigorista", hacer una pausa y reflexionar sobre el valor ético de los lujos refinados. El economista puede también descubrir que, en numerosos casos, los gastos de riqueza en lujos pueden probablemente ser una buena inversión, incluso desde la óptica de la producción de riqueza. Sin embargo, al exhortar a que se haga una discriminación más cuidadosa en lo que a los lujos respecta, el asunto debería ponerse en un plano más elevado que el estrictamente económico y comercial. La mente del economista, como tal, se preocupa por aquellas fuerzas

que conducen a la máxima producción de riqueza. Con frecuencia, él pareciera considerar la producción de riqueza como el objetivo y fin último de la existencia humana. Lo que ciertamente no es. Ella constituye un medio más potente para la conquista de las metas del esfuerzo humano, pero no el fin en sí mismo. Esta idea económica a menudo se pone muy odiosamente en el primer plano. Decimos que la acumulación de riqueza proporciona oportunidades para el ocio y el crecimiento personal. Es cierto; pero ¿por qué pasar tantas noches en vela tratando de obtener ese ocio para el crecimiento personal si descuidamos la oportunidad de usarlo cuando se presenta? El hombre llevaría sin duda una existencia monótona y estéril, con escasas posibilidades de avance, si no fuera por las bibliotecas, las óperas, los recitales, los conciertos y los pasatiempos sociales que muchos de los moralistas de la llamada "escuela rigorista" orgullosamente condenan en su indiscriminado ataque al por mayor a los lujos.

Debiera ser evidente, entonces, que hay lujos que ennoblecen y lujos que degradan; aquellos que tienden a hacer posible la más elevada auto-realización del individuo y de la raza humana, y aquellos que militan en contra de esa cuestión feliz. Siendo este el caso, resulta pertinente preguntar si hay algún estándar mediante el cual aquellos lujos que esencialmente ennoblecen y refinan puedan separarse de aquellos que degradan. Es obvio que no llegaríamos a acuerdo alguno de preguntarnos cuáles son los lujos más estimables para el desarrollo de la raza y cuáles los más perversos. No es fácil formular reglas generales sobre materia alguna, y mucho menos sobre ésta, que tanto depende de las circunstancias. Es obvio que el juicio individual bien entrenado ha de ser una guía mejor que cualquier precepto. No obstante, parece que,

como regla general, aquellos lujos que son comparativamente duraderos tienen una ventaja sobre aquellos meramente transitorios. Esto es cierto desde un punto de vista económico. Adam Smith insinúa esta distinción al discurrir en torno al trabajo productivo e improductivo cuando dice:

> Por ejemplo, un hombre acaudalado puede o bien gastar sus ingresos en una mesa profusa y suntuosa y en mantener a un gran número de sirvientes y una multitud de perros y caballos; o, contentándose con una mesa frugal y unos pocos ayudantes, disponer de la mayor parte de los mismos en adornar su casa o su villa campestre, en edificios útiles u ornamentales, en muebles útiles u ornamentales, en colecciones de libros, estatuas, pinturas…[30]

Aquí, entonces, hay una clara distinción entre lo duradero y lo perecedero, con evidente ventaja para lo primero. En el caso del gasto de dinero en formas de lujo más duraderas sigue subsistiendo algo permanente para el cultivo del gusto y para el desarrollo del sentido estético. La *Walters´s Art Gallery* en Baltimore y la Gallery Corcoran en Washington ilustran este punto. Ellas crean una apreciación de lo bello y tienden a que las personas ricas se interesen en estas formas de lujo más duraderas y refinadas. Al hacerlo refrenan, como lo ha mostrado Ruskin, los gastos de riqueza despilfarradores y a menudo inmorales en lujos perecederos. Calladamente y de forma efectiva ellas ayudan al economista, al moralista y al satírico en sus cruzadas contra el lujo en sus formas más censurables.

Además, durante tiempos duros, resulta más fácil hacer economías en el caso de los lujos duraderos que en el de

---

[30] A. Smith, *op. cit.*, libro II, capítulo iii; ver también MacCunn, op. cit., pp. 213 y siguientes.

las formas más perecederas y ostentosas[31]. A la persona que como líder social ha consagrado una porción considerable de su ingreso en la hospitalidad le ha de ser difícil enfrentar los comentarios que deben originarse cuando siente la necesidad de recortar sus gastos. Por otro lado, el comprador de lujos duraderos puede fácilmente dejar de comprar por un tiempo sin incurrir en el peligro de suministrar un tema de discusión para el "chisme que está al acecho de los desastres de los demás"[32].

De nuevo, se economiza más cuando la mano de obra se emplea en la producción de bienes duraderos que en la de perecederos. En algunos sectores existe la tendencia a glorificar lo perecedero como una bendición para la humanidad. Ninguna bendición mayor podría recaer sobre nosotros que erradicarlo. Solo en casos excepcionales se deriva algún bien de lo perecedero. La liquidación de una máquina anticuada para darle cabida a una perfeccionada, la destrucción del inquilinato insalubre para que lo siga una construcción técnica, son ejemplos de las bendiciones del perecimiento, pero ellos son excepcionales. En general buscamos constantemente producir cosas no perecederas, y esta característica es ciertamente uno de los elementos importantes del valor de cualquier artículo. Se dice que el perecimiento le da trabajo al ocioso, pone a circular el dinero y en general crea los buenos tiempos. La falacia de esta posición debería ser evidente. La destrucción de riqueza ciertamente estimula la mano de obra. La destrucción del Capitolio de Washington haría la misma cosa. Entonces, ¿por qué no enaltecer e idolatrar al hombre que emplea la antorcha en vez de hacer que caiga tras las rejas para que haga una reflexión sobria? Aquellos que glorifican lo

---

[31] A. Smith, *op. cit.*, libro II, capítulo iii.

[32] Ver MacCunn, *op. cit.*, p. 215.

perecedero deberían ser coherentes e invocar a los ciclones, los rayos destructores, las inundaciones devastadoras y otras fuerzas destructoras, con el fin de que la tierra quede desolada y se genere más trabajo.

Preferir aquellos lujos que tienen una naturaleza duradera sobre aquellos que son perecederos no es una regla absoluta, pero, en la mayoría de los casos, cumplirá con las exigencias de la ética de la ciudadanía.

Es necesario, sin embargo, llevar el análisis un poco más lejos. El gasto excesivo de riqueza en joyas, piedras preciosas y un amplio guardarropa para gratificar una vanidad peculiar puede ser un gasto en una forma de lujo comparativamente durable pero al mismo tiempo no muy encomiable. Dicho gasto es esencialmente egoísta. Esto nos lleva, entonces, a distinguir entre lujos egoístas y altruistas[33]. Sería una obviedad observar que las formas altruistas ayudan más al desarrollo de la raza humana y son por lo tanto más deseables. Aunque los términos "egoísta" y "altruista" son triviales y comunes, no es fácil de ningún modo trazar una línea de demarcación clara entre las dos clases. No habría un acuerdo sustancial en cuanto a la localización de la línea. En efecto, muchas personas después de Ruskin, y algunos de los grandes moralistas de ésta y otras épocas, han concluido que prácticamente todo lujo es egoísta y que por lo tanto es inmoral. Sinnúmero de almas buenas han sentido remordimientos de conciencia al disfrutar de un hogar cómodo con lujosos alrededores, mientras otros padecían la necesidad absoluta de unos mínimos vitales. Se ha configurado un sólido caso en contra del lujo alrededor de estos términos. Es mucho lo que puede decirse desde este punto de vista, pero es un hecho deplorable que los

---

[33] Cf. MacCunn, *op. cit.*, p. 219.

argumentos sean tomados con mayor seriedad por los "hijos de la luz"[34] que por los "hijos del lujo" que más los necesitan. La ética de la ciudadanía no exige que debamos adoptar esta línea de razonamiento y abjurar de todos los lujos que parezcan egoístas. Cierto es que muchos lujos que a primera vista parecen egoístas en realidad no lo son, sino que conducen al bien general. Puede que no sean evidentes los métodos mediante los cuales seamos capaces de hacer que la humanidad en general participe de los lujos de nuestros hogares, nuestras bibliotecas, nuestras pinturas, y nuestros viajes. Pueden no ser partícipes directos, pero los beneficios indirectos que se les atribuyen son numerosos y sustanciales. Los lujos cuyas derivaciones conducen al bien general difícilmente pueden llamarse egoístas, y sin duda alguna es cierto que algunos lujos nos hacen ciudadanos mejores y más útiles. Podemos en consecuencia ser más serviciales con nuestros amigos y con el Estado. La persona que se ha revitalizado gracias a una estancia de verano en los Adirondacks es probable que se convierta en una defensora de los parques y de los

---

[34] [El autor haría aquí alusión a la Biblia en 1 Tesalonicenses 5, cuyos apartes tomamos de la versión de Reina Valera, 1960:

> "5 Pero acerca de los tiempos y de las ocasiones, no tenéis necesidad, hermanos, de que yo os escriba. [2] Porque vosotros sabéis perfectamente que el día del Señor vendrá así como ladrón en la noche; [3] que cuando digan: Paz y seguridad, entonces vendrá sobre ellos destrucción repentina, como los dolores a la mujer encinta, y no escaparán. [4] Mas vosotros, hermanos, no estáis en tinieblas, para que aquel día os sorprenda como ladrón. [5] Porque todos vosotros sois hijos de luz e hijos del día; no somos de la noche ni de las tinieblas. [6] Por tanto, no durmamos como los demás, sino velemos y seamos sobrios. [7] Pues los que duermen, de noche duermen, y los que se embriagan, de noche se embriagan. [8] Pero nosotros, que somos del día, seamos sobrios, habiéndonos vestido con la coraza de fe y de amor, y con la esperanza de salvación como yelmo". N.T.]

lugares donde se pueda respirar aire puro para la congestionada población de una gran ciudad. El lujo de una casa bien equipada puede servir para que se vea más claramente la degradación, tanto física como moral, que envuelve a las casas insalubres de las barriadas. El viajero al extranjero puede regresar con ideas sobre educación e industria y reforma social que podrían aplicarse ventajosamente en su propio país. Quien ha gozado de los efectos de la bella música, ya sea en el extranjero o en su propia sala de estar, puede con facilidad convertirse en un defensor de los conciertos al aire libre para la gente. El visitante del British Museum puede fácilmente volverse un amigo entusiasta de la Library of Congress, o puede advertir con mayor claridad la necesidad de más y mejores bibliotecas de distintos tipos. Aquí el economista puede no ser capaz de entender con exactitud matemática cuáles son los beneficios desde el punto de vista de la producción de riqueza; pero la defensa de los lujos que ennoblecen y refinan yace sobre las bases más amplias del desarrollo de la raza humana. Debemos admirar a ese espíritu noble y desinteresado que de modo religioso se abstiene de todo aquel lujo que bien puede darse directamente con el fin de aliviar el sufrimiento de los afligidos; pero difícilmente podemos aprobar la sabiduría de ese cometido que entumece y mata de hambre al ser, que retrasa así su desarrollo y por lo tanto lo hace menos útil para los demás.

Si el curso de nuestro razonamiento es correcto, parecería entonces que la posesión de riqueza no está exenta de obligaciones; y también que la ética de la ciudadanía no exige que se abjure de todos los lujos sino que, más bien, de aquellos se seleccionen con cuidado los que son duraderos y altruistas y que por su naturaleza ennoblecen y refinan.

Los autores

Lindley Miller Keasbey, nacido en 1867 en Newark (Nueva Jersey) en el seno de una rica y aristocrática familia, fue un conocido profesor universitario y activista. Se graduó en la Universidad de Harvard en 1888 y obtuvo los títulos de maestría (1889) y doctorado (1890) en la Universidad de Columbia. Viajó posteriormente a Alemania y estudió en Berlín y Estrasburgo, donde se familiarizó con los trabajos de Achille Loria, de quién tradujo al inglés *The Economic Foundations of Society* (1899).

Enseñó en la Universidad de Colorado (1892-1894), en el Bryn Mawr College (1894-1905) y en la Universidad de Texas. En 1909 fue nombrado jefe del recién fundado Departamento de Historia Institucional tras haber sido expulsado del Departamento de Gobierno en razón de la radicalidad de sus ideas políticas y las acusaciones públicas de ser socialista. Fue uno de los fundadores de la *Economic and Political Science Association* de Estados Unidos.

En 1915 se vinculó a la *Emergency Peace Federation* y en 1917 ayudó a organizar el *People's Council of America*, opuesto a la entrada de Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial: fue expulsado de la universidad. Tras una corta estadía en Nueva York, donde enfermó gravemente, se trasladó a Tucson (Arizona), donde se dedicó a la cría de perros y se convirtió al catolicismo, conversión sobre la que escribió *Three Worlds in One*, libro de inspiración religiosa, filosófica y musical. Tras la muerte de sus dos hijos menores en un incendio, en 1944 se trasladó con su esposa a California. Murió en 1946.

Además de los textos ya citados, publicó, entre otros, los libros *The Early Diplomatic History of the Nicaragua Canal* (su tesis de doctorado, 1890) y *The Nicaragua Canal and the Monroe Doctrine* (1896, publicado originalmente en alemán en 1893), así como los artículos "The Economic State" (1893), "The New Sectionalism: A Western Warning to the East" (1894), "The Terms and Tenor of the Clayton-Bulwer Treaty" (1899), "The Study of Economic Geography" (1901), "Cooperation, Coercion, Competition" (1903), "Competition" (1908), "Agrarian Unrest in the South" (1915) y "The Money Market of To-Morrow" (1916).

Thomas Francis Moran, nacido en Columbia (Michigan) en 1866, fue un apreciado pero estricto y acucioso profesor de historia y economía, así como un destacado participante de varios movimientos cívicos y filantrópicos. Se graduó en la Universidad de Michigan (1887) y poco después fue nombrado Superintendente de Educación en Elk River (Minnesota). Tras obtener el doctorado en la Universidad Johns Hopkins (1895), fue designado jefe del Departamento de Historia y Economía de la Universidad de Purdue, donde permanecería hasta su muerte en 1928.

Fue miembro de la *American Historical Association* y de la *American Political Science Association*; también participó en el Comité de Educación de la *National Security League* y actuó como Director Asociado de la División de Conversaciones de la Comisión de Información Pública durante la Primera Guerra Mundial. Contribuyó al desarrollo comunitario local: muy religioso, actuó como Senior Warden y Lay Reader en la Iglesia Episcopal St. John; fue presidente de la *Art Association*; miembro y por un tiempo presidente de los clubs *Rotary*, *Town and Gown* y *Parlor*. En la Universidad de Purdue actuó como secretario del Comité de Deportes y durante muchos años fue su delegado ante la *Big Ten Conference*, la principal organización de deporte universitario del centro-oeste del país. Aunque hoy quizás suene extraño para un profesor universitario, fue también presidente de un banco.

Libros suyos son *The Rise and Development of the Bicameral System in America* (1895), *How Minnesota Became a State* (1898), *The Theory and Practice of the English Government* (1903), *The Formation and Development of the Constitution* (1904), *American History and Government. A Text-book on the History and Civil Government of the United States* (con James A. Woodburn, 1907), *Introduction to American History* (con James A. Woodburn, 1916), *American Presidents. Their Individualities and Their Contributions to American Progress* (1917), *The Citizen and the Republic. A Text-book in Government* (con James A. Woodburn, 1918), *The Makers of America* (con James A. Woodburn, 1922), *Finders and Founders of the New World* (con James A. Woodburn, 1925) y *The Character and Ideals of Abraham Lincoln* (1927).

Publicación gratuita

Lindley M. Keasbey
Thomas Francis Moran

Los dilemas de la riqueza

aÍ **fundación editorial** *archivos del Índice*